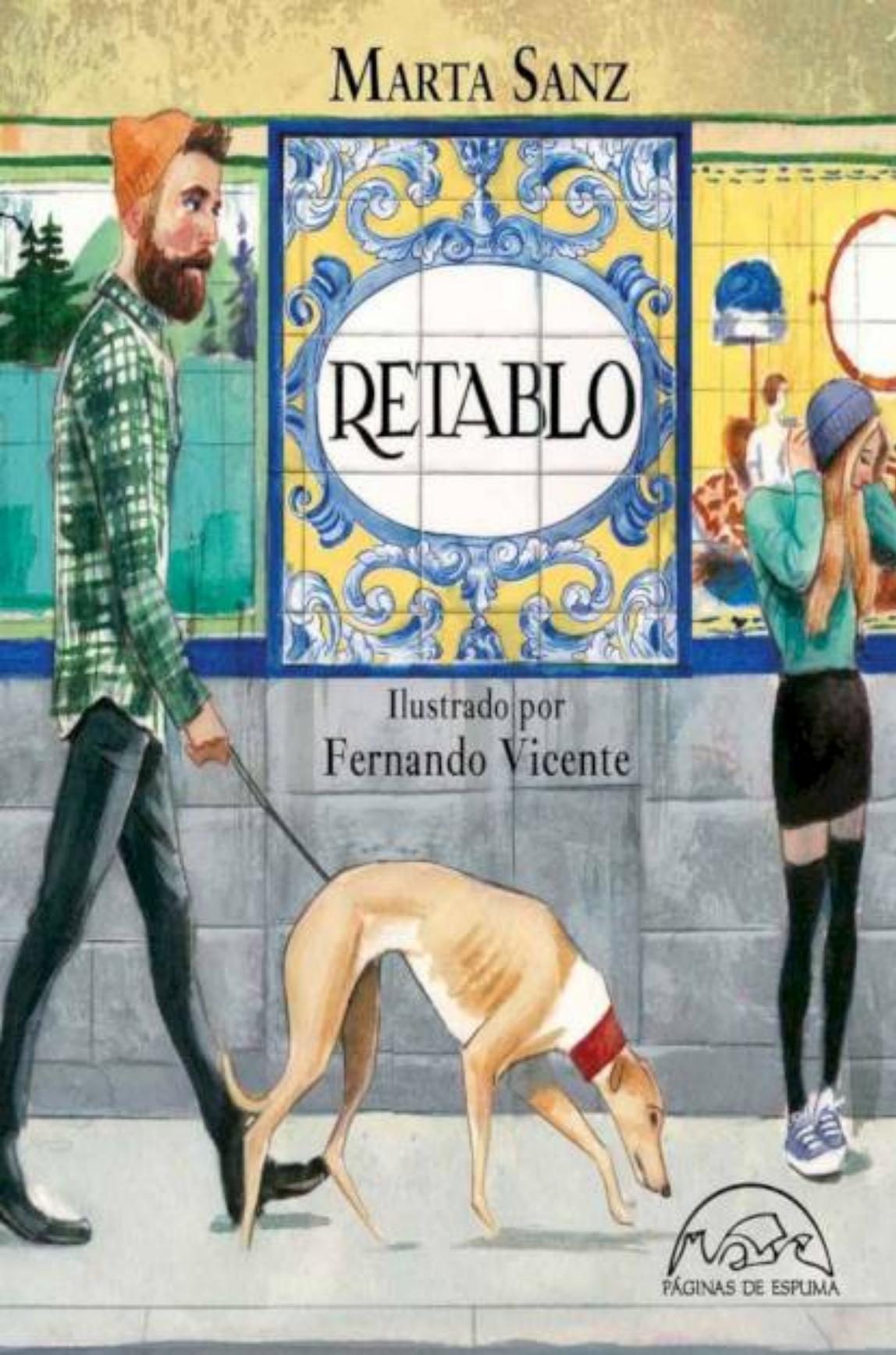


MARTA SANZ



RETABLO

Ilustrado por  
Fernando Vicente

  
PÁGINAS DE ESPUMA

**Marta Sanz**

**RETABLO**

**Ilustrado por Fernando Vicente**

Marta Sanz, Retablo  
Primera edición digital: mayo de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-646-7

Colección Voces / Literatura 280

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

© Marta Sanz, 2019  
Representada por Agencia Literaria Ángeles Martín S.L.  
© De las ilustraciones: Fernando Vicente, 2019  
© De esta portada, maqueta y edición:

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid  
Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

# EXTRAÑOS EN UN TREN (VERSIÓN AMARILLA)

## BOTIQUINES Y NEVERAS

Almax, Karvea, Synalar nasal y rectal, Manasul, Eau Thermale de Avène protección 50, Aspirina, Sobrepin, Supositorios de glicerina, Hidrosaluretil, Hodernal, Orfidal, Phonal, Lizipaina y Frenadol. El botiquín de una mujer mayor de sesenta años, pecosa, estreñida y aquejada de hemorroides, hipertensa, con el colesterol alto y algo insomne a quien, además, le suelen sentar mal las tortillas de pimientos. Padece, como todo el mundo, un constipado o dos al año que suele coincidir con los cambios de estación. Una mujer normal. Una mujer fuerte. Incluso muy fuerte. Una mujerona. Residente en un barrio del centro de Madrid. Matilde Sebastián Prieto. Viuda. Sin hijos. Vive en compañía de su perro pachón, Felipe IV.

Masticad, un genérico de ibuprofeno y otro de paracetamol, Sofibrax, Movicol, Duphalac, Indasec, Lexatin, Ureadin, pastillas Ricola, Hemoal y Vispring. El botiquín de una mujer mayor de sesenta años que arrastra una osteopenia desde la menopausia, sufre frecuentes dolores de cabeza, molestias de garganta, enrojecimiento y escozor de los ojos y de la piel, pérdidas de orina, reumatismo y estreñimiento acompañado de ocasionales ataques de hemorroides no demasiado graves. Pérdidas de orina y hemorroides son la consecuencia de un único embarazo y parto. Una mujer normal que, como todas las mujeres —según fuentes publicitarias— sufre algún atasco del tránsito intestinal y se preocupa por oler como una muñeca de cera. A nada. Jubilada. Residente en un barrio del centro de Madrid. Ana María Pardo Martín. Viuda. Vive en compañía de su hijo, mayor de cuarenta años, divorciado, en paro.

Matilde tiene en la nevera: un tetrabrik de leche desnatada, dos limones, tres huevos, un paquete de pavo bra-seado, actímeles, una pechuga de pollo, dos tomates, un cogollo de Tudela, una lata de Fanta naranja, un manojito

de plátanos envueltos en papel de periódico para que no se pongan negros.

Ana María tiene en la nevera: el arreglo del cocido, medio repollo, un bote abierto de melocotón en almíbar y uno de aceitunas rellenas de anchoa, un trozo de queso manchego semi-curado, doscientos gramos de chorizo, pan Bimbo, pastelillos industriales, medio kilo de sardinas sin limpiar, seis huevos, un tetrabrik de leche desnatada enriquecida con calcio y uno de leche entera, medio limón, seis latas de Mahou.





## RUMOR DE PATIO

Por la ventana de Matilde se escuchan a todo volumen las voces de los tertulianos histéricos de un programa del corazón. Matilde está un poco sorda, aunque ella no lo reconoce. Matilde, que es una mujer a quien le disgustan mucho los tópicos, cuando algún vecino protesta por el ruido de la tele, recurre a uno: «Es que me hace mucha compañía». Después, Matilde acaricia el lomo de Felipe IV que la mira con ese arrobó en la mirada que solo te puede dedicar un perro.

Por la ventana de Ana María nunca se oía nada. Como mucho, el chirrido de la polea de la cuerda de tender. Desde que llegó su hijo, se suele oír la voz de Ana María: «¿Has ido al paro?», «¿No vas a hacer otra cosa que jugar todo el día con la maquinita esa?», «¿Has ido al paro?», «Ahora entiendo por qué no te aguantaba tu mujer», «Me estás dejando sin ahorros», «Pero, hijo, ¿has ido al paro?». A veces, las cajas se destemplan del todo y Ana María despliega todos los recursos de su imaginación —tiene mucha—: «¿Por qué no te haces guardabosques? He oído que a los guardabosques les dan una casa». El hijo contesta: «La de los siete enanitos. No te jode...», «Maaaaaama», «Los guardabosques ya no existen. Tampoco los reyes magos», «Mariví era una bruja». «Déjame en paz, mama». El hijo de Ana María nunca dice «mamá», sino «mama». Ana María no entiende por qué: ella siempre ha puesto en su lugar los acentos, sabe lo que es una sílaba tónica, pronuncia las eses al final de los plurales y se matricula en cursos de pintura para la tercera edad. Ella alardea de matricularse en cursos de pintura en lugar de en cursos de internet. Ana María sabe lo que es el *feisbuk* pero le da igual y mira a su hijo con un gesto aparentemente indescifrable pero que en realidad tiene que ver con el pinchazo de sus hemorroides y la humedad de su incontinencia. Mientras, él, con el torso

desnudo y las greñas demasiado largas, mastica chicles de eucalipto y hace solitarios. Parece un roquero. Caduco. Ana María nunca dice tacos, pero hoy piensa: «Joder, coño, la hostia puta». Los tacos se le quedan atravesados debajo de una costilla. Como un flato.

Ana María se pinta los labios, se echa una peinada, se cuelga el bolso. Sale a la calle. Respira. Su casa le resulta una ratonera.

## LEER ES BUENO

El buzón de Matilde contiene: publicidad de clínicas dentales y restaurantes chinos que sirven la comida a domicilio. Facturas.

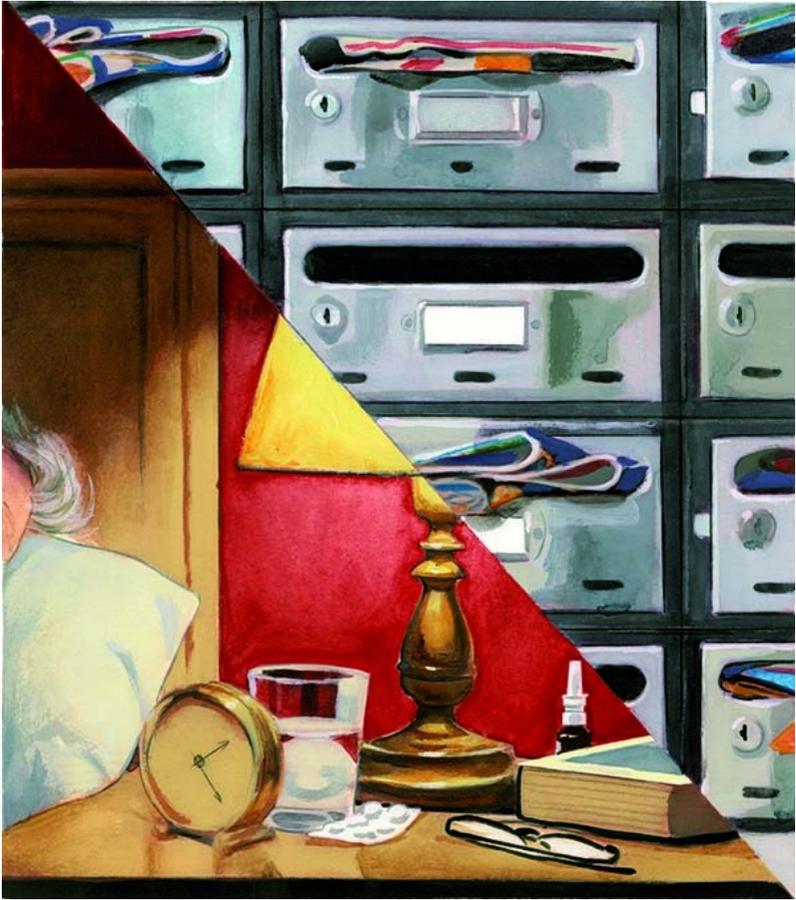
El buzón de Ana María contiene: facturas. Publicidad de restaurantes chinos que sirven comida a domicilio y de un kebab nuevo que han abierto en la esquina, publicidad de peluquerías que no aplican la subida del 21% de IVA, publicidades de clínicas dentales y de ópticas. Una postal de su hermana Lulita que se ha ido de viaje cultural a Salamanca. Escribe Lulita con caligrafía inglesa: «El precio no incluye la comida. Salamanca es preciosa pero hace un frío de la leche. Te quiere. Lu». Publicidad de una academia de idiomas. El buzón de Ana María es el que queda más cerca del portal. Los repartidores llenan de publicidad su buzón antes de que un vecino, ocioso y malhumorado, los eche a la calle. Los repartidores cada vez disimulan peor. A través del telefonillo dicen: «Caltelo». Ana María les abre la puerta porque le hace gracia lo mal que se disfrazan los chinos buzoneros cuando fingen ser el cartero oficial del barrio. Ana María no cree que llegue a oír nunca la frase «Le tlaigo un celtificado». Pero abre a los buzoneros porque le dan lástima. «¿Y si nos entra a robar una banda de albanokosovares?», los vecinos afean la conducta liberal de Ana María en las reuniones de la comunidad. Menos Matilde. Porque Matilde hace más o menos lo mismo y las dos saben que los repartidores de publicidad no son albanokosovares sino chinos. Rechinos. No se puede decir que Ana María y Matilde hayan forjado a lo largo de los años una gran amistad, pero siempre se saludan correctamente cuando se cruzan en el portal: «Buenos días, Ana Mari», saluda Matilde. «¿Qué tal está, Matilde?», se interesa Ana María. Matilde nunca responde con la verdad —hemorroides, insomnio, el jadeo perpetuo de Felipe IV—, pero a menudo piensa: «Qué vida más triste».

En el revistero de Matilde hay tres revistas del corazón atrasadas, periódicos gratuitos con los que envuelve el pescado y la fruta, cuadernillos de pasatiempos. Ana María no tiene revistero. No lee revistas. En la estantería del salón hay una *Historia del Antiguo Egipto* y una *Historia del Arte Universal* que compró a plazos a un vendedor que llamó a su puerta. Ding dong. Su hijo le dijo: «Mama, te han timado». Ana María pensó que ella se gastaba su

dinero en lo que la daba la gana y sintió el impulso de darle un capón a su hijo. Pero se contuvo y volvió a sentir el pinchazo del flato bajo la costillita.

En la mesilla de Matilde, hay un libro de Patricia Highsmith. *Extraños en un tren*. En la mesilla de Ana María, hay una biografía novelada de Wallis Simpson. Ni Matilde ni Ana María son grandes lectoras. Pero las dos coinciden en que leyendo les entra el sueño y en que leer es bueno. Por definición.





## LA MUERTE DE FELIPE IV

Felipe IV se pone enfermo y Matilde, después de actualizar su libreta en la caja de ahorros, paga cien euros en la consulta del veterinario. El diagnóstico de Felipe IV no es muy esperanzador. Cuando va a la farmacia a comprar los medicamentos que le ha recetado el veterinario, la farmacéutica pregunta: «¿Usted sabe lo que valen estas medicinas?». La farmacéutica coge la manita de Matilde: «Es mejor sacrificar a Felipe IV». A la farmacéutica, de pronto, se le ilumina la cara: «Quizá haya otra solución. Le voy a mirar el tratamiento equivalente al de su perro en las patologías humanas. Las medicinas para los seres humanos son más baratas que las de los animales. Se lo voy a mirar y a hablar con un amigo mío que es veterinario». La farmacéutica, que durante unos segundos parecía una chiquilina, recupera su gesto de profesional adulta: «Pero no le aseguro nada». Matilde, en todo caso, se lo agradece mucho. Le pellizca un carrillo: «Solete».

Felipe IV se muere a los tres días dentro de su cesto de perro. La farmacéutica olvidó su promesa: «Yo la llamo, Matilde». Matilde siente de pronto un odio cerval hacia los tertulianos de la televisión, hacia los empleados del servicio municipal de recogida de animales muertos que se llevan a Felipe IV dentro de una bolsa de viaje, hacia el veterinario y, sobre todo, hacia la farmacéutica. A Matilde se le revuelve el estómago cada vez que se oye a sí misma decir: «Solete». Cuando se imagina a la farmacéutica cogiéndole la manita, dándole esperanzas.

Matilde escucha unos tacones que suben por la escalera. Pone el ojo en la mirilla. Ve cómo Ana María sube los peldaños hablando sola. Despotricando. Ana María cree que los tacos se le quedan dentro, como bolsas de aire, como caca retenida, pero las palabras que reza por lo bajinis mientras patea los peldaños puede oírlas incluso Matilde